

JARDINES

del ALMA

CARLOS DÍAZ DE BUSTAMANTE / EDUARDO MENCOS / ISABEL Y ELENA PAN DE SORALUCE

GARDENS

from the SOUL

Instalar en el Pabellón Villanueva del Jardín Botánico tres jardines del alma es una redundancia, un derroche, un desafío. Carlos Díaz de Bustamante, Isabel y Elena Pan de Soraluce y Eduardo Mencos compiten con la naturaleza a las puertas del Pabellón, porque sus jardines no son de este mundo, sino del empíreo de las almas. ¿Qué resultará de esta dialéctica naturaleza-artificio? Pues obtendremos lo que en matemáticas se llamaría la segunda derivada de la naturaleza -pues la primera es el jardín— o bien una primera derivada del jardín y segunda de la naturaleza.

Para mí el jardín es nostalgia del paraíso, desolación de lo perdido cuando la humanidad se apartó de la naturaleza, caída que recoge el mito del pecado original con la consiguiente expulsión del vergel primigenio. El arte o la técnica se contraponen a lo natural y, llevando el progreso hacia delante, separan al hombre de la sensualidad primordial; pero éste se resiste e inserta jardines en el artificio urbano, por mor de recuperar un jirón deshilachado del paraíso terrenal.

El jardín se acoge a dos grandes tipos de actitudes: es un espacio de entrega entre el interior sólo abierto al cielo y a la tierra. España es un país de jardines interiores, como lo es de patios; la mano del latino y del semita —musulmán o hebreo— está detrás de nuestros patios interiores hebreados de geranios y macetas con flores varias, palmas, enredaderas. Los patios de Toledo, cubiertos de toldos, en verano, o Córdoba con sus jardines interiores donde duerme la siesta la mujer de Romero de Torres, o Granada extrovertida que no osa cerrar sus cármenes a la visión de la Alhambra.

El jardín interior, de cuyo modo el jardín zen es un caso extremo, elaborado para llevar al usuario al interior de sí mismo, tiene modalidades semita y latina. Tanto la casa romana —pienso en Pompeya— como la islámica —y me voy a Córdoba— están diseñadas hacia dentro, en torno a patios interiores, embaldosados o cubiertos de parterres, a veces con porches alrededor y fuente o pozo en el centro. La sublimación del

peristilo es el claustro, jardín zen de la cristiandad; en él la abstracción japonesa cede ante el bosque encantado y fantasmagórico de columnas y capiteles, como si el subconsciente occidental aún tuviera que purgar sus demonios y los cincelara, obsesionado, en los capiteles de los claustros. Toda una mitología bizarra y extravagante, incoherente incluso con el dogma cristiano, flota sobre las cabezas de los monjes que deambulan por el cuadrángulo cantando el gregoriano.

¿Qué buscaban los monjes zen cuando colocaron piedras escogidas en un pequeño mar de grava y lo cerraron con una simple tapia, ahora tan desconchada y patinada que es, de por sí, una obra de arte? Soami, el artista que creó el jardín de Ryoanji, expresó en él su comprensión de la iluminación zen, el éxtasis místico de los taoístas y budistas, sin palabras, que no requiere preceptos ni conceptos, la extensión abierta; nada sagrado.

Pueden ser un archipiélago montañoso en un gran océano o los picos de una cordillera emergiendo sobre el mar de nubes, un cuadro enmarcado por la decrepita pared de adobe o el marco que se disuelve hacia el mar ilimitado, siempre recomenzado. La sugerencia del zen resonará en aquellos que deseen contemplar el jardín con la mirada interior: absortos en la escena, colmados de asombro sosegado, intuirán quizá lo absoluto más allá del yo y la mente poluta será limpia por un instante. Es el jardín del vacío interior y de la nada que puede generarlo todo. Es el jardín del alma.

Luis Racionero

Setting up three gardens from the soul in the Villanueva Pavilion of the Jardín Botánico is an excess, an extravagance, a challenge. Carlos Díaz de Bustamante, Isabel and Elena Pan de Soraluce and Eduardo Mencos enter in competition with nature at the Pavilion entrance, because their gardens do not belong to this world but to the Empyrean of the souls. What will result from this dialectics of nature vs. artifice? Well, we will obtain what mathematicians would call the second derivative of nature, the garden being the first one. Or else a first derivative of the garden and a second one of nature.

To me the garden is nostalgia for the paradise, a feeling of loneliness for things lost when human beings moved away from nature; the fall of man recreated in the myth of the original sin with the expulsion from the primitive Garden. Art and technique are opposed to natural things and, pushing progress in a forward movement, keep man away from primal sensuousness. But the latter offers resistance and persistently plants gardens in the artificial city. Perhaps for the sake of regaining a few unravelled threads from the Garden of Eden?

Any garden may give rise to two main kinds of attitudes: either it is a space of transition between the interior of the house and the surrounding area, or else it is the “hortus conclusus”, an inside courtyard opening only to heaven and earth. Spain is a country of inside gardens and of courtyards; the centuries-old work of Latin and Semitic peoples—either Muslim or Hebrew—appears in our interior courtyards with rows of geraniums and flowerpots of diverse flowers, palms, bindweeds... The Toledo courtyards, shadowed with awnings in summer; or Córdoba with its inside gardens where the women of Romero de Torres take a nap in the afternoon; or open-hearted Granada, not daring to block out its “cármenes” (villas laid out with gardens) to the contemplation of the Alhambra.

The indoor garden, of whose form the Zen garden is an extreme specimen, conceived to guide us to the interior of ourselves, shows Semitic and Latin examples. Both the Roman

house—I am thinking of Pompeii—and the Islamic one—and now I am moving to Córdoba—are designed towards the inside, around interior courtyards with tiled floors and flowerbeds. Sometimes they have covered walks around and a fountain or a well in the middle. The quintessence of the peristyle is the cloister, the Zen garden of Christianity. In the cloister the Japanese abstraction yields up to a phantasmagorical and enchanted forest of columns and capitals, as if the western subconscious still had to purge its soul from evil spirits by chiselling them, with an obsessed mind, on the cloister capitals. In disagreement even with the Christian dogma, a whole bizarre and outlandish mythology floats above the heads of monks who perambulate about the quadrangle while singing Gregorian Chant.

What were the Zen monks searching when they placed chosen stones on a small sea of gravel and then enclosed it with a simple wall, a wall now having a patina and so many bare patches that it has become, in itself, an artwork? Soami, the artist who created the Ryoanji garden, showed through it his understanding of the Zen Enlightenment, the wordless mystical ecstasy of Taoists and Buddhists, not requiring precepts or concepts, leading to open union with the spirit of the universe; in no way sacred.

They may be a mountainous archipelago in a vast ocean; or the peaks of a mountain range appearing above a sea of clouds; a painting framed by the dilapidated adobe wall, or the frame itself fading away towards a boundless sea, always starting anew. The suggestions of Zen will deeply vibrate in those wishing to contemplate the garden with an inward look: engrossed in the scene, filled with calm amazement, they will perhaps sense the absoluteness beyond their own selves. And the stained mind will be immaculate for an instant. It is the garden of the interior emptiness and nothingness, capable of generating all things. It is the garden from the soul.

Luis Racionero

Esta exposición surge del deseo de explorar lo que emocionalmente y artísticamente significa un jardín. Entendemos el jardín tanto en sentido real y tangible, como en sentido metafórico y simbólico; espacios externos e internos donde se plasman nuestros recuerdos y deseos. Nuestra necesidad de calma, de contraste a la vida cotidiana, de escapada.

El jardín es algo más que la materialización de una relación entre el hombre y su entorno, entre natura y cultura, está por encima de la naturaleza domada, es la idealización de un espacio, que nos devuelve desde la urbe el recuerdo y el contacto con el ritmo del tiempo, del clima y del cambio de las estaciones.

Desde el principio de los tiempos, el jardín ha tenido una presencia primordial en nuestra cultura: “Después , plantó el Señor Dios un jardín en Edén, al oriente y colocó allí al hombre que había formado. Y el señor Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles hermosos a la vista y buenos para comer...” (Génesis 2:8-2:9). El añorado Edén terrenal y el anhelado Paraíso celestial; ambos dos grandes jardines del Alma.

Los cuatro artistas de la exposición, que comparten el interés por el mundo de los jardines y el amor por la Naturaleza, han sabido dar valor a los elementos naturales, tan presentes y tan ausentes en la vida actual, abstrayéndolos de su contexto, dándolos identidad propia para que sintamos su magnitud y su belleza; una gota de agua, las llamas del fuego, el reflejo de las estrellas.... Jardines astrales, terrenales, conceptuales en fin, imaginarios y reales, que nos enseñan que el jardín es un estado interior y exterior, una forma de ver la vida, de mirarla y amarla.

Anneli Bojstad

This exhibition originated from the idea of exploring what a garden means to people from emotional and artistic viewpoints. Here the concept of a garden is conceived not only in its physical, literal sense, but also in its metaphorical and symbolic meaning; outside and inside spaces where our desires and recollections may take shape. Gardens essential to us when we are in need of calm, of finding a contrast to everyday life, of an escape from reality.

A garden is something more than the materialization of a relation between people and their surroundings, between nature and culture; it is above tamed nature. It is the idealization of a space which, planted in the middle of the city, brings us back reminiscences and contacts with rhythms of time, with different climates and the passing of seasons.

From the beginning of times the garden has had a continuous presence in the different and successive cultures of mankind: “And the Lord God planted a garden eastward in Eden; and there he put the man whom he had formed. And out of the ground made the Lord God to grow every tree that is pleasant to the sight, and good for food...” (Genesis 2, 8-9). The longed-for Garden of Eden and the yearning for heavenly Paradise, both being two great gardens from the Soul.

The four artists of this exhibition, sharing an interest in the world of gardens and love for Nature, have all attached a great importance to the natural elements composing the physical universe, sometimes so present and sometimes so absent in today's society. By segregating these elements from their contexts, the artists have given them a particular distinctiveness of their own so that we might feel their greatness and beauty: a drop of water, the flames of fire, the twinkling of stars in the heavens... Astral gardens, earthly or conceptual ones... In short, some imaginary and some real ones, all teaching us that the garden is an interior and exterior state of mind, a way of seeing life, of looking at it and loving it.

Anneli Bojstad

